

Libros del Asteroide

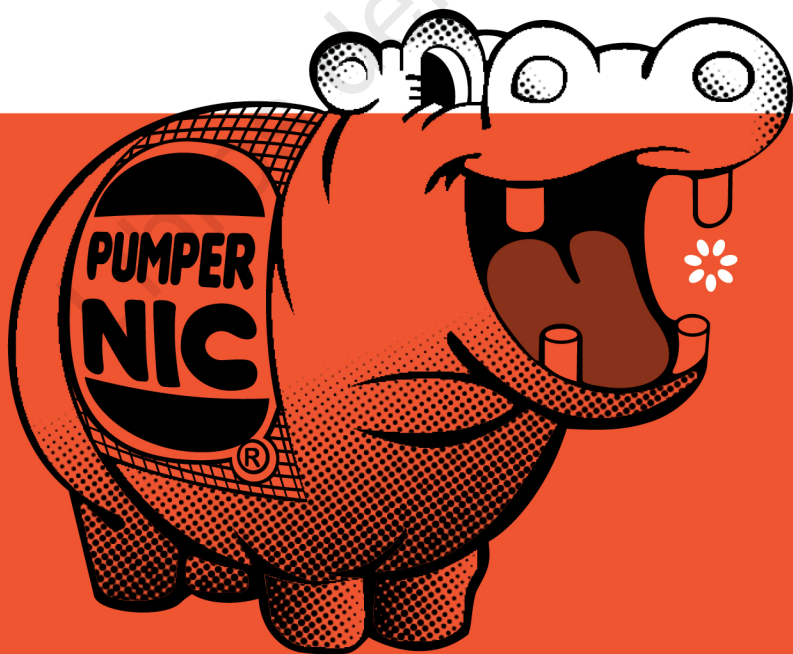


Solange Levinton

Un sueño made in Argentina

Auge y caída de Pumper Nic

III Premio de No Ficción Libros del Asteroide



Prólogo

Libros del Asteroide

Un recuerdo colectivo

Alguna vez leí una frase que me quedó grabada: «Nadie sabe de lo que es capaz hasta que se obsesiona». Esa idea volvió un día de enero de 2020 cuando, por un devaneo arbitrario, me acordé de los almuerzos en Pumper Nic con mi abuela Rosita.

Aquellos jueves (¿o miércoles?) al mediodía ella me esperaba en la puerta del colegio con su sonrisa y un plan pensado exclusivamente para mí. No tengo un recuerdo puntual, sino más bien una ensoñación de ese lugar con un olor celestial a papas fritas, cajeras despachando pedidos desde sus micrófonos y envoltorios coloridos.

No sé si la comida era rica, si yo tenía ocho, nueve o diez años. Tampoco sé si mi abuela pedía una hamburguesa o solo tomaba café; de qué charlábamos, ni cuánto tiempo duró ese ritual difuso que yo esperaba con ilusión cada semana. Pero, desde entonces, la marca Pumper Nic quedó enlazada a un fotograma del pasado al que me gustaría volver si pudiera viajar en el tiempo.

Aquel día de enero de 2020, con la sospecha de que no era la única que sentía un cariño especial por esa empresa, tuve el impulso de ir más allá. Empujada por un inte-

rés repentino, caí en la cuenta de que solo sabía que había sido el primer *fast food* de la Argentina, mucho antes de que las grandes cadenas norteamericanas desembarcaran en el país. Ese dato que durante décadas había conservado en un rincón remoto de la memoria, de pronto cobró para mí el peso de una revelación.

Nací apenas comenzaba la década del ochenta y, en el lento ocaso de la dictadura, Pumper Nic era ya una marca establecida y una promesa de modernidad en esos años grises. Pero ¿de quién había sido la idea de importar ese sueño americano a nuestro país? ¿Qué había significado para los argentinos la aparición de ese local futurista?

Entonces guleé. Ese gesto automático que hacemos cuando queremos ubicar una dirección, leer una noticia u obtener un diagnóstico médico abrió un portal inesperado. Primero apareció un nombre, el de su creador: Alfredo Lowenstein, hermano del impulsor de la marca de hamburguesas Paty, todo un clásico argentino. Al margen de algunos detalles sobre la facturación millonaria de Pumper Nic o su caída en desgracia tras la llegada de McDonald's y Burger King al país, no había una sola pista sobre quién había sido ese hombre capaz de replicar el *fast food* a imagen y semejanza de esos gigantes extranjeros cuando todavía eran algo completamente desconocido para los argentinos.

Después encontré una fecha, 1974. El nacimiento de Pumper (así se lo conocía popularmente) contradecía al inconsciente colectivo, que lo asocia con el «destape» de la década del ochenta. Ese año estuvo marcado por la muerte del entonces presidente Juan Domingo Perón, y por una violencia política extrema que no haría más

que escalar. Me resultaba inverosímil imaginar aquel lugar colorido y alegre que había conocido en mi infancia como contemporáneo a los atentados de la guerrilla armada y la represión brutal de los comandos parapoliciales de la Alianza Anticomunista Argentina, la Triple A.

Cada retazo de información que encontraba abría nuevos interrogantes. Aquella búsqueda espontánea desde mi teléfono celular continuó en las redes sociales. En Facebook descubrí un grupo llamado «Extrabajadores de Pumper Nic» donde más de cuatrocientas personas de entre cuarenta y setenta años comparten fotos, anécdotas o búsquedas como «¿alguien del local de Corrientes y Callao?». Los imaginé vestidos con sus uniformes y me pregunté si alguno nos habría atendido en la sucursal de Caballito a mi abuela y a mí. Muchos de ellos todavía siguen en contacto y en sus comentarios recuerdan su paso por la empresa con cierta épica y un sentimiento parecido al orgullo. Ese afecto por un trabajo en una cadena de comida rápida desaparecida hace décadas también llamó mi atención. No encontré en Facebook ningún otro grupo de exempleados de un *fast food* ni de otras compañías similares. ¿Qué habría tenido de especial haber formado parte de Pumper Nic? Improvisé un mensaje público presentándome como una periodista interesada en la historia de la cadena. Sin saberlo aún, ese fue el comienzo de la investigación.

El primer extrabajador de Pumper que me contactó resultó ser un sobrino del fundador. A sus cuarenta años, como si hubiera estado esperando décadas para contar esta historia, Rodrigo Fonte me explicó con entusiasmo que sus padres eran novios cuando participaron en la inauguración de 1974 y que otros parientes también

habían formado parte de la empresa. Esa faceta de intimidad me resultó atractiva: ¿cuál era la historia detrás de esa familia?

Quizá una clave para empezar a responder a esa pregunta la encontré recién dos años después, un sábado lluvioso de 2022 cuando, luego de varias entrevistas telefónicas y tres encuentros en persona, Rodrigo Fonte me citó en un bar de Olivos, en la provincia de Buenos Aires. Sobre la mesa, una caja de plástico marrón con la inscripción «Departamento de Marketing» escrita en un lateral con marcador indeleble negro anticipaba una travesía en el tiempo.

—Acá está la famosa caja —me dijo.

Con delicadeza, Rodrigo quitó la tapa y dejó al descubierto recortes de diarios, envoltorios de colores, fotografías, *merchandising*, registros escritos a máquina, calcomanías y mantelitos de papel con dibujos infantiles. Como si estuviera manipulando objetos valiosos, sacó uno por uno y me fue explicando de qué se trataban, a qué época de Pumper Nic pertenecían o quién era la persona que aparecía en alguna foto. Su relato se llenó de detalles.

Era apenas una parte de lo que cariñosamente llama «el museo». El resto de su archivo —más fotos, videocasetes, folletos de todas las épocas de la cadena de comida rápida— está guardado en la casa de sus padres.

—Yo me crie con todo esto.

Es que el primer *fast food* de la Argentina fue un capítulo de veinte años en la vida de su familia. Tanto, que habla de Pumper Nic en un nosotros inclusivo.

—A veces —dijo, señalando la caja— me pregunto si no será momento de tirar todo esto y dejarlo ir.

—¿Y qué te respondés?

—Que no. Lo guardo porque a esa historia le falta un cierre.

Pensé entonces que la historia parecía permanecer abierta también para mucha otra gente. Durante la investigación había encontrado, entre los extrabajadores de Pumper Nic, personas ya retiradas de la vida laboral, empleados, CEO, residentes en Estados Unidos, taxistas, más familiares de Alfredo Lowenstein, aventureros que dedicaban largas temporadas a navegar en velero por el océano, gente con mucho dinero y otra extremadamente humilde. Todos, sin excepción, parecían emocionados por revivir su historia. Y en esa extraña dimensión que cobró el tiempo libre durante la pandemia por covid, también empezaron a enviarme a través de WhatsApp fotos, servilletas, manuales y toda clase de recuerdos que tenían guardados en sus casas.

Mientras avanzaba con las entrevistas, todavía sin un objetivo claro, ocurrió una sincronía extraña. En las etapas más estrictas de la cuarentena, los principales diarios de Argentina habían empezado a publicar notas como «Memorias de un empleado de Pumper Nic» (*Clarín*); «Un símbolo juvenil: cómo era y por qué desapareció Pumper Nic» (*Clarín*); «¿Te acordás? Historia del éxito y caída de Pumper Nic» (*La Nación*) o «Crecimiento sin control, mala calidad y un rival que lo destrozó: nacimiento y muerte de Pumper Nic, ícono nacional» (*El Cronista*). En todas había encontrado la misma información pública que existía sobre la cadena.

Que estos medios decidieran hablar sobre una hamburguesería extinta mientras en el mundo se contabilizaban muertos, camas de hospitales y disponibilidad de respi-

radores no había sido, sin embargo, lo más llamativo. Debajo de cada una de esas notas, donde suele discurrir el ensañamiento brutal de los lectores, todos los comentarios eran positivos: «Por un Chick Nic con Frenys te entrego a mi vieja»; «¡Qué recuerdos!, yo iba al local de Lomas de Zamora con mi esposa cuando éramos novios. Y qué rico era»; «¡Rápido, un Mobur con Frenys que tengo entradas para el cine»; «Me gustaría volver al año 1989, en Pumper Nic, con mi mamá»; «Hacían los pedidos por un micrófono y parecía la NASA»; «A mi papá le decíamos que era el hipopótamo de Pumper Nic porque se comía nuestras sobras», «¡Qué rico! Antes de que llegara McDonald's yo pensaba que el *fast food* era un invento argentino».

En cada relato encontraba escenas que, de alguna manera, confirmaban mi sospecha inicial. Somos muchos los argentinos —y especialmente los porteños— de cierta edad que recordamos haber sido felices en Pumper Nic. Pero ¿por qué un restaurante de comida rápida despertaba tanta nostalgia? Incluso, en esa misma época apareció una petición de Change.org impulsada por un joven que ni siquiera llegó a conocer la cadena pidiendo «la vuelta de la mítica hamburguesería que formó parte de generaciones».

Para reconstruir esta historia, los únicos registros públicos que encontré fueron un par de expedientes judiciales, algunas notas en diarios y revistas que juntan tierra y humedad en hemerotecas, comerciales digitalizados y dos noticias en internet que se refieren a la empresa en tiempo presente: «A Pumper Nic se la comió la globalización» (*La Nación*, 1997) y «Pumper Nic, una cadena a punto de desaparecer» (*La Nación*, 1999). Lo demás —el

resto de la información disponible sobre el tema— forma parte del ámbito privado de consumidores, exempleados y familiares como Rodrigo Fonte: fotografías, videocasetes, productos con el logo de la empresa y, sobre todo, recuerdos entrelazados en un relato colectivo.

Entre todos esos testimonios, solo había uno capaz de narrar esta historia en primera persona. Alfredo Lowenstein tiene cerca de ochenta años y no dio una sola entrevista en las dos décadas que estuvo al frente de la empresa. Tampoco quiso hacerlo para este libro, desde un castillo en Italia donde algunos dicen que vive. Alrededor de ese silencio también fui delineando su perfil. Apenas respondió unas preguntas por mail enviadas a través de su hijo mayor, quien, amablemente, se ofreció como portavoz de la familia.

Consulté a economistas, antropólogos e historiadores buscando más información, y sus respuestas derivaban casi siempre en anécdotas o fotos dentro de alguna sucursal. De una forma u otra, siempre terminaba llegando al mismo lugar: el vínculo de todas las personas con Pumper Nic parecía estar atado a un recuerdo emotivo. Y esa historia estaba ligada también a ciertos momentos clave del tumultuoso siglo xx argentino.

Un dicho popular dice: «Argentina es un país en el que, si te vas de viaje veinte días, cuando volvés cambió todo, y si te vas de viaje veinte años, cuando volvés no cambió nada». Términos como «inflación», «dólar», «devaluación» se incorporaron demasiado pronto a nuestro vocabulario cotidiano. Esa narrativa de crisis permanente es parte de nuestra identidad nacional. En ese sentido, Pumper Nic también funciona como un ejemplo de supervivencia. Hasta su desaparición a fines de la déca-

da del noventa, durante casi un cuarto de siglo logró franquear el plan de ajuste brutal del «Rodrigazo», que en 1975 llevó la inflación al 335 por ciento en un año; el terrorismo de Estado de la dictadura cívico-militar, una guerra contra Inglaterra, la fragilidad del retorno democrático, una hiperinflación anual histórica del 3.079 por ciento en 1989 y la década del gobierno de Carlos Menem, con su programa neoliberal, la paridad entre el peso argentino y el dólar estadounidense, la llegada masiva de empresas extranjeras y los altos niveles de recesión económica y desempleo.

A medio siglo de la inauguración del primer local, este es un intento por revelar la historia desconocida detrás de esta marca que atravesó la vida de una generación que hoy ya es adulta y que sobrevivió al paso del tiempo para transformarse en una leyenda. Pero, también, es un libro sobre una empresa argentina que, copiando descaradamente el *fast food* norteamericano, revolucionó la cultura alimentaria de un país y se convirtió en la cara visible y aspiracional del sueño americano en el sur de Latinoamérica.